

# Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

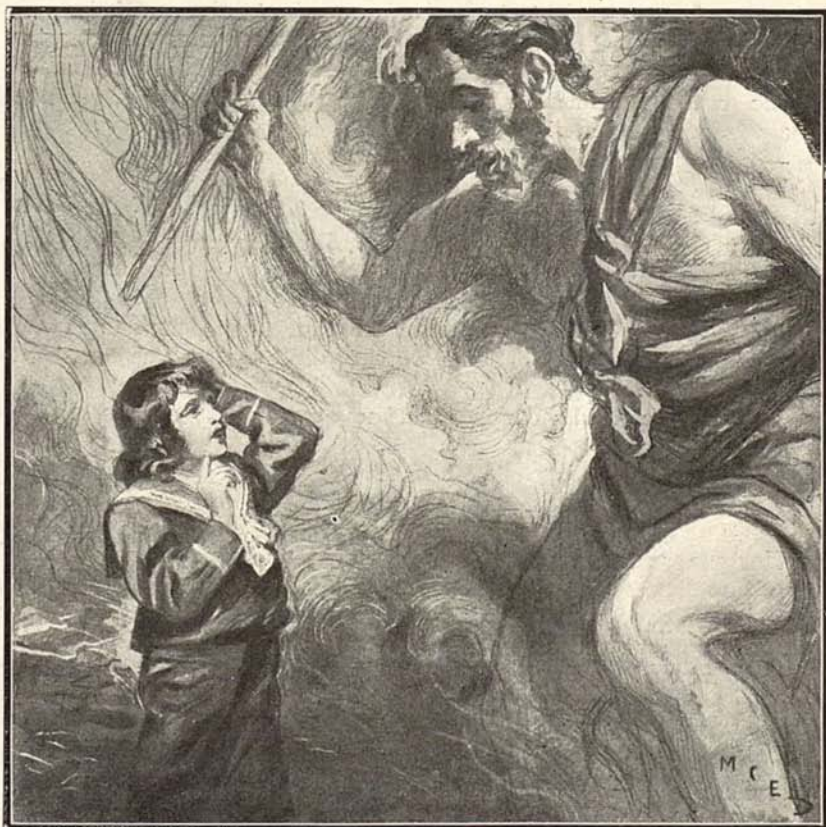
SE PUBLICA LOS DOMINGOS  
AÑO III.



MADRID, 24 DE MAYO DE 1908

NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTS

NÚMERO 21



## LA PLANTA DE LA VIDA

CONTINUACIÓN

El diminuto anciano desapareció y el niño quedóse mirando con desesperación los interminables campos de trigo que ante él se extendían. Pero pronto dominó este sentimiento de desaliento, y cogiendo de la zanja una hoz comenzó animosamente su tarea.

En segar el trigo empleó ciento veinticinco días y otras tantas noches.

Cuando acabó, Enriquito se puso á batir lo cortado con un trillo de mano que se encontró junto á sí, y en esto pasaron sesenta días. Una vez que acabó de trillar todo, comenzó á moler el grano en un molino que se elevaba allí cerca, y trabajó en ello durante noventa días. Luego amasó la harina, y, por último, dándole la forma de panes, comenzó á cocer la masa. Entre amasar y cocer se le pasaron ciento veinte días. A medida que los panes estaban cocidos los iba colocando ordenadamente en surcos.

Cuando terminó, se sintió transportado de júbilo por haber concluido tan larga tarea, y llamó al genio de la montaña.

Este apareció inmediatamente, contó 468.329 panes, tomó un pequeño trozo del primero y del último, acercóse á Enriquito, y dándole una palmada en la mejilla, le dijo:

—Eres un buen chico, y voy á pagarte tu trabajo.

Y sacó de su bolsillo una tabaquera de madera que entregó al niño, diciéndole con malicia:

—Cuando estés de vuelta en tu casa, ábrela, y en ella encontrarás un tabaco como nunca has visto.

Enriquito, como es natural en un niño, no usaba el tabaco, y por tanto, el presente del viejo no le era muy útil; pero como estaba muy bien educado para habérselo dicho, dióle 'as gracias con aspecto de satisfacción.

El viejecillo sonrió, después soltó una carcajada y desapareció.

#### IV

##### LA VENDIMIA

Enrique reanudó su marcha, notando con suma alegría que cada paso que daba se iba acercando más y más á la cima de la montaña.

Había llegado al cabo de tres horas á los dos tercios de su camino, cuando se encontró detenido por un altísimo muro que le impedía el paso, y el cual no había visto hasta entonces. Fué bordeándole con objeto de ver si existía alguna abertura por donde penetrar, pero al cabo de tres días de marcha vió con espanto que daba la vuelta á toda la montaña, sin que por ninguna parte hubiese sitio por donde franquearla.

Enriquito se sentó en el suelo para reflexionar sobre lo que debía hacer, y después de pensarlo mucho, decidió esperar. Así pasaron cuarenta y cinco días, pasados los cuales se preguntó á sí mismo:

—¿Es que aunque pasen cien años no he de moverme de este sitio?

Apenas hubo dicho estas palabras, un lienzo de muro se desplomó con horrible estruendo, apareciendo por el enorme boquete un gigante blandiendo un enorme bastón.

—Mucha gana tienes de pasar, pequeño—le dijo,—¿qué buscas detrás de ese muro?

—Busco la planta de la vida, señor gigante, para salvar á mi pobre

mamá que se muere—respondió el niño.—Si está en vuestra mano abrimme paso, yo haré todo cuanto queráis en vuestro servicio.

—¿De veras? Pues escucha: soy uno de los genios de la montaña, y te dejaré atravesar el paredón si quieres poner mis bodegas repletas. Estas que ves son mis viñas; recolecta los racimos de uvas y aplástalas para sacar el zumo; cuando lo hayas hecho, llena con él mis toneles y los vas colocando en mis bodegas. Encontrarás todo lo necesario para todas esas operaciones al pie de este muro, y una vez que todo esté terminado, llámame.

Y el gigante desapareció, volviendo el murallón á cerrarse y á quedar como antes.

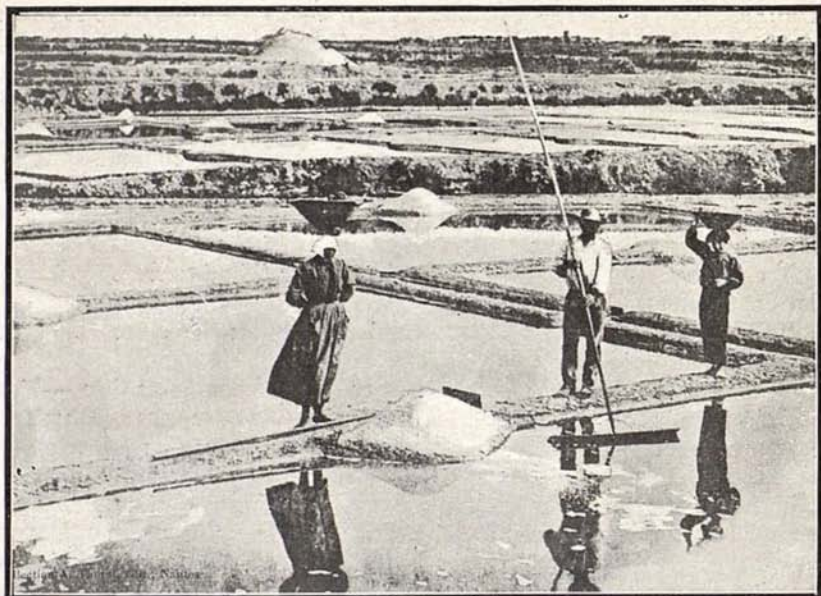
Solo Enriquito, miró en torno suyo, viendo que las viñas del genio se extendían hasta perderse de vista.

—Ya que he podido segar todo el trigo del enano—se dijo,—bien podré cumplir los mandatos de este otro genio; al menos será un trabajo menos largo y difícil convertir la uva en vino que el trigo en panes.

Y quitándose su chaqueta, cogió una podadera próxima á él y comenzó á cortar los racimos, echándolos después en cubas, empleando en esto treinta días. Una vez recogidas las uvas, las fué exprimiendo y echando el zumo en los toneles que iba colocando en la bodega conforme los iba llenando, y al cabo de noventa días ya estaba hecho el vino. Entonces Enriquito llamó al genio, que apareció inmediatamente, examinó los barriles, tomó un poco del primero y del último, y dijo volviéndose hacia el niño:

*Continuará*





## LA SAL

Se obtiene la sal de dos maneras: ó bien desecando las aguas que la tienen en disolución, ó bien extrayéndola de las minas de *sal gema* que hay en distintos puntos.

Hay aguas que contienen un exceso de sal, como las del mar y las de algunos pozos y manantiales; se procura entonces obtener la evaporación de esas aguas para que quede libre la sal que en ellas está disuelta, y así se consigue el producto en cuestión. Esto es lo que se hace en las salinas, en las cuales se hace que entre el mar, al subir la marea, por unos canales abiertos á propósito hasta unas charcas ó lagunas muy poco profundas, con objeto de que la capa de agua que penetra sea escasa.

Se interrumpe, una vez llenas las charcas, la comunicación de éstas con el mar, y se deja que el sol y el aire vayan evaporando, consumiendo el agua, con lo que queda libre la sal que se deposita en el fondo de las tales charcas, lagunas y canalillos, de donde se recoge con palas y se apila en montones de una blancura deslumbradora, que brillan al ser heridos por los rayos del sol.

Cuando se trata de aguas saladas procedentes de pozos ó manantiales, se llena con ellas unas calderas ó depósitos que se ponen al fuego, y poco á poco va agotándose el agua y quedando la sal pegada á las paredes de las calderas. Pero este procedimiento presenta un inconveniente grave, y es el de que la sal así producida no es pura, sino que contiene otras substancias que estaban disueltas en las aguas. Por

eso se prefiere el sistema de las salinas, aunque es lógico que no puede emplearse más que en países en que hace mucho calor.

Las minas de sal (en España tenemos unas muy importantes, las de Cardona) se explotan como las que contienen carbón, hierro, plomo y cobre; es decir, abriendo galerías en la masa de sal y cortando ésta en pedazos, que luego se muelen y pulverizan para venderla al comercio. Esto se hace sólo en el caso de que la sal encontrada en esas minas sea muy pura, pues si no lo fuera, habría que disolverla en agua y evaporar luego ésta por cualquiera de los sistemas que antes se apuntan.

Tales son, ligeramente bosquejados, los medios de que el hombre se vale para proporcionarse éste, que es uno de los artículos de más absoluta necesidad.

Tanto es así, que los pueblos antiguos lo conocían y empleaban, no sólo para condimentar sus alimentos, sino para las ofrendas que hacían á los dioses, pues en muchas de las ceremonias religiosas ocupaba el primer lugar, y cuando dos personas habían comido juntas la sal, se consideraban unidas con lazos más estrechos que los que produce el parentesco.

Prueba también de la importancia que se le ha dado, es que una de las ceremonias del bautismo consiste en dar la sal al imponer ese sacramento.

Como los gobiernos de todas las épocas y de todos los países han buscado siempre bases sólidas sobre qué fundamentar sus impuestos, se han fijado en la sal, artículo de uso general é imprescindible, y ha sido costumbre, desde tiempos remotísimos, el estancar su venta, es decir, reservarse el Estado la facultad de venderla, prohibiendo, bajo penas severas, que nadie se dedicase á ese comercio. La práctica más usual ha consistido en declararse dueño el Estado de todas las salinas y criaderos, é impedir así que los particulares los exploten.

Aunque poco, se emplea la sal como medicación en algunas enfermedades sencillas de los ojos, en otras de la piel, y, sobre todo, como reconstituyente del organismo en forma de baños.

Asimismo se usa en veterinaria para excitar el apetito de los animales y para obligarles á beber más de lo que acostumbran, cuando ello es necesario para su salud.

Sirve, por último, para la conservación de las carnes muertas (y buen ejemplo de ello es el jamón) y de los pescados, v. gr., el bacalao y las sardinas.

JUAN ANTÓN





## CÓMO SE EDUCÓ PILUCA

XVIII

No les parece á ustedes también una barbaridad? ¡Abrirme la tripa! ¡Como si mi tripa fuese un cajón ó una bolsa! ¡Quía! En seguida pensé que antes de que sucediera eso había que hacer cuanto mandasen.

—Perdóname, papaíto—dije.—No volveré á hacer caso al diablo; no diré viejo á nadie ni te daré ningún disgusto, y así el diablo se morirá de rabia, y á mí no hay necesidad de abrimme. ¿Habías avisado ya al médico?

—¡Claro!—dijo papá.—Como que uno de esos señores lo es, y al verte decir aquel disparate, en seguida comprendió lo que ocurre, y ya quedado en venir mañana.

—¡Ay!, pues avísale que no se moleste—contesté.—Díle que el diablo no está en casa y que yo te he pedido perdón y todo.

—Sí; pero cualquier día volveremos á las mismas.

—No, papá, te lo prometo.

—Mira, ahora hemos estado mucho tiempo creyendo que ya no había tal diablo, y ya ves que resulta que sí le hay; es necesario hacerle esa operación.

—No, no, papaíto—exclamé yo casi llorando.—Seré muy buena, y obedeceré y guisaré mucho, y haré las fundas para las orejas del Sultán.

—¡Hombre, eso es otra cosa!—contestó papá.—Si haces esas fundas, casi estoy por creer que el diablillo se morirá solo.

—¡Sí que se las hago! ¡Y muy grandes! ¡Más todavía que las orejas!

—Lo veremos, Piluca; quiere decirse que si no cumples tu palabra, siempre habrá tiempo de hacer venir á ese médico.

—¡Ay, papá, qué retebueno eres! ¡Mañana mismito tendrá el *Sultán* las orejas tapadas!

—¿Y qué me ibas á decir antes?—me preguntó.

—Me da vergüenza ahora; pero te lo diré, aunque me digas que no. Ya ves, todos estos días he estudiado mucho y he cosido mucho, y he sido muy buena para que me concedieras lo que quería pedirte, y luego mira qué cosas: sólo por una tontería se ha echado todo á perder.

—Así son las cosas, Piluca; una mala acción destruye en un momento todo lo bueno que se ha hecho. Conque ¿qué querías?

—Pues... cinco duros.

—¡Nada, una pequeñez! ¿Y para qué?

—No, si no te digo ya que me los des; ahora me contento con que no me hagan esa atrocidad. Pero antes quería los cinco duros para ir á dárselos á mi amigo Luis y á aquellos otros de que te habló la *miss*. Ya ves, decía Luisito que con un duro daría de comer muchos días á su mamá; conque creo yo que si le doy tres duros, ya no estará amarilla ni nada; los otros dos se los daría á los... á los... á los ¡ay, qué apuro! ¿Cómo diré yo á aquellos *viejecitos* sin que tú te enfades y el médico me abra la tripa?

Papá se echó á reír, y me dijo:

—Dilo por esta vez... y toma un beso... y toma los cinco duros... ¡pero quedamos en que *Sultán* tendrá traje de gala para las orejas!

Se lo dije á la *miss*, y la pedí que me ayudase á lo de las fundas del perro, porque no quería dejar de cumplir mi palabra.

Y efectivamente, nos pusimos á trabajar y resultaron preciosas. Verán ustedes. Con un pedazo de raso encarnado, cortó la *miss* una cosa así como cucuruchos muy grandes; los cosimos, y á la punta les puse un cascabel. Además cosimos cuatro cintas, con las que se daba la vuelta al cuello del *Sultán* y se le hacía un lazo en el cogote. Le puse las fundas; yo creí que se pondría la mar de alegre. Pues no, señor, empezó á dar vueltas y á gruñir, hasta que se lo quitó con la pata. Bueno; yo ya cumplí lo ofrecido; de manera que la dije á la *miss*:

—Que se las arregle *Sultán* como quiera; ahora ¡á ver á Luisito!

M. ATOCHA OSSORIO Y GALLARDO





## OPORTO

Capital de Portugal en otro tiempo, es hoy Oporto la segunda ciudad del Reino, y no cede en importancia sino á Lisboa, á la cual todavía aventaja en movimiento comercial.

Está situada sobre altos montículos, á orillas del Duero, á cinco kilómetros de su desembocadura en el mar. Estas desigualdades del terreno dan á Oporto un aspecto pintoresco que puede apreciarse en nuestro grabado.

La catedral, de remoto origen; las iglesias de los Clérigos, de rica ornamentación y esbelta torre, y de San Francisco, y el grandioso hospital de la Misericordia son sus edificios antiguos más notables. El caserío es bueno en general, y muchas fachadas están revestidas de azulejos de un aspecto muy agradable.

La población es de 168.346 habitantes.



## LA ROSA

Fué en un atardecer del florido Mayo cuando Diego, yendo de paseo por la calle de Alcalá, se encontró junto á la Puerta del Sol á una linda vendedora de flores, la cual, con mimosas palabras, le ofreció un ramo de frescas y rozagantes rosas. Diego, tras contemplar durante unos instantes el rostro de la jovencilla, no desprovisto de pícarasca gracia, le compró un pomposo ramo, y, ufano con su adquisición, se dirigió á un solitario paseo del Retiro, en el cual la penumbra de la tarde muriente movía el ánimo á la meditación.

Allí, á la vista de las rosas, se acordó de las orgías romanas, cuando, mientras los señores del mundo engullían como bestias, de los altos velarios caía una lluvia de olorosos pétalos; y, como engarzado á este recuerdo, vino también el de aquel celebérrimo banquete, en el cual, Heliogábalo, emperador de los romanos y de los glotonos, se dió la bárbara satisfacción de ahogar á sus convidados bajo un verdadero torrente de flores.

—He aquí—pensó al recordar esto—cómo el hombre malvado convierte todo, aun lo más inocente, en instrumento de su maldad.

Después tuvo lástima de las pobres rosas. ¡Tan gallardas como estarían en sus tallos! ¡Tan bien como resaltarían sus colores entre el verdor de la hojarasca! ¡Ellas, las mimadas por el agua, las besadas por el sol y las acariciadas por la brisa, verse arrancadas de su poética cuna para ir á morir marchitas en algún rico búcaro ó sobre alguna pretenciosa solapa, ó enredadas entre los cursis bucles de algún peinado femenino!

—verdaderamente—murmuró—es necia la humanidad. ¿Piensan esos pollos *á la última* que sin la inocente flor en el ojal no hay distinción posible? ¿Se imaginan las doncellas que las flores prendidas en los cabellos ó sobre el pecho aumentan su belleza? Ambas cosas—belleza y distinción—las da la Naturaleza y no los atavics.

Luego Diego, siguiendo el curso de sus meditaciones, vino á comparar las rosas con los buenos escritores; con esos que, como ellas, tienen belleza de estilo y perfume de ideas, y abominó de aquellos que, como las flores del geranio, sólo ostentan belleza de forma, bajo la cual sus ruines ideas semejan ridículos gusarapos metidos en irisadas conchas de caracoles.

En tanto, las flores, ajenas á tales di-

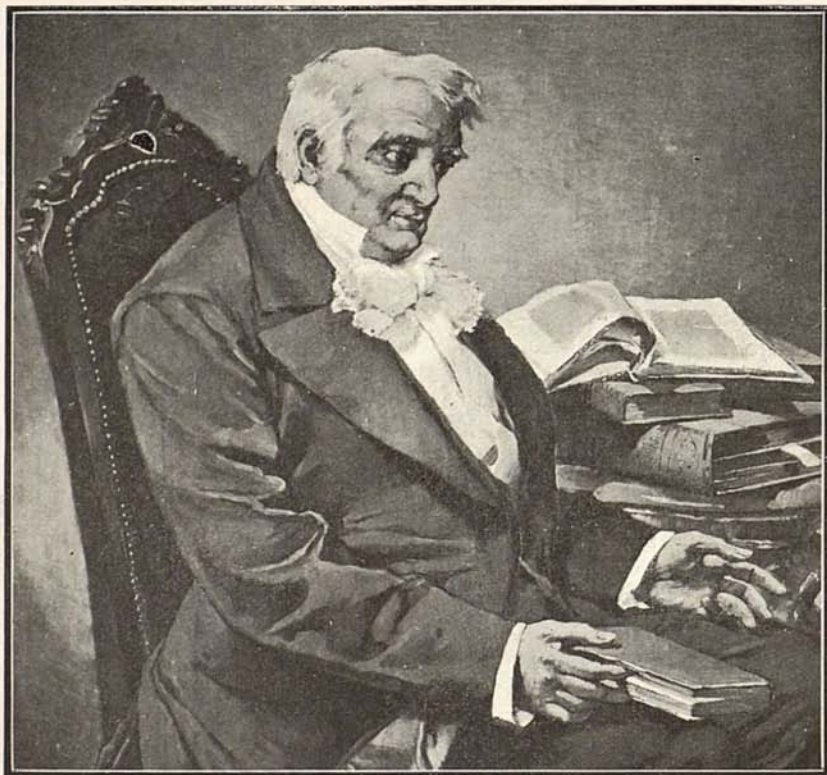


vagaciones, continuaban frescas y rozagantes. Acaso conocían su próximo fin, pero lo aguardaban con estoica calma.

—¿Qué importa—parecían decir—que muramos pronto? Nacimos para aromar el ambiente, y aromándolo estaremos mientras nos quede perfume. Y cuando caiga al suelo nuestro último pétalo, nos cabrá la satisfacción de haber llenado nuestro objeto.

¡Dichoso el hombre que pueda decir lo que las rosas en la hora de su muerte...!

JOSÉ A. LUENGO



ESPAÑOLES ILUSTRES

### D. MANUEL JOSE QUINTANA

Este célebre poeta, historiador y hombre político español nació en Madrid en 1772. En su juventud publicó sus composiciones épicas *Padilla* y *Pelayo*, y al llegar la invasión de los franceses en 1808, su lira se consagró á la Independencia de la patria, por lo que se le ha llamado el Tirteo de aquella heroica lucha.

Siguió á la Junta Central á Sevilla y á Cádiz, redactó proclamas, trabajó en las reformas de la enseñanza y dirigió el periódico *La semana patriótica*. Su liberalismo le hizo sufrir después persecuciones, y en 1822 fué director de Instrucción pública é inauguró la Universidad Central.

En 1830 imprimió el último tomo de sus *Españoles célebres*, y algunos años después, la protección de la reina doña María Cristina le devolvió su influencia. En 1835 fué nuevamente inspector de Estados, y después ayo de la reina doña Isabel II, y en el fin de su vida fué solemnemente coronado. Sus vidas de españoles ilustres y sus inspiradas poesías líricas le dieron alto renombre.



REINAS DE ESPAÑA

## DOÑA ISABEL DE VALOIS

Por una de las cláusulas establecidas en el tratado de paz de Cambray de 3 de Abril de 1559, se estipuló que el rey D. Felipe II de España se casara con la joven princesa de Francia Isabel, hija del rey D. Enrique II y de Catalina de Médicis.

Había nacido la princesa en Fontainebleau el 2 de Abril de 1546, y tenía por tanto trece años cuando se concertó su enlace. El 22 de Junio de 1559 se celebró la boda por poderes en la iglesia de Nuestra Señora de París, representando el duque de Alba al Rey de España, pues éste se encontraba en Flandes y no regresó hasta el mes de Septiembre. En el de Diciembre salió la reina Isabel de su país con brillante acompañamiento, y en Enero de 1560 se reunieron los esposos en Guadalajara, donde se ratificaron sus bodas con gran solemnidad, celebrándose grandes festejos, en los que se distinguió el duque del Infantado, que tuvo alojados en su palacio á los regios cónyuges.

Fueron de allí á Toledo, donde estaban convocadas las Cortes para jurar al príncipe D. Carlos como heredero de la Corona.

Esta reina tuvo la honra de colocar con su esposo la primera piedra del grandioso Monasterio de San Lorenzo de El Escorial, en 23 de Abril de 1563, que no tuvo la suerte de ver concluído.

Tuvo á los veinte años su primer hija, doña Isabel Clara Eugenia, que fué luego esposa del archiduque Alberto, hijo del emperador Maximiliano II, y gobernadora después de Flandes.

Al año siguiente nació la infanta doña Catalina, que se casó con el duque Carlos Manuel de Saboya.

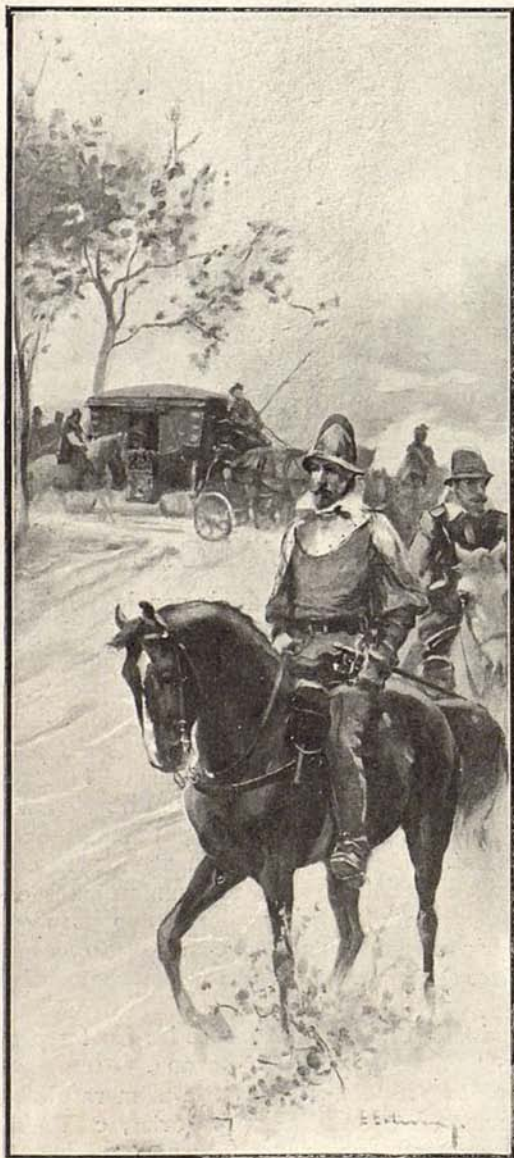
Murió en Valladolid la reina Isabel de Valois el 3 de Octubre

de 1568. Durante su reinado atravesó la Monarquía española una de sus épocas de mayor poderío, y en pocas ocasiones desplegó la corte española mayor boato que en la entrevista que celebró en Bayona esta reina con su madre Catalina de Médicis y su hermano el rey Carlos IX de Francia.

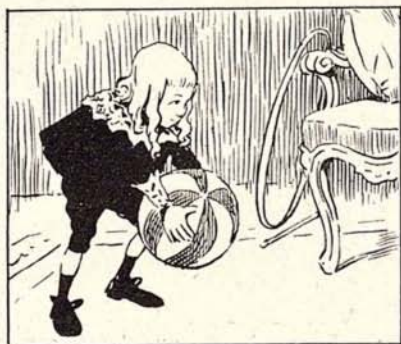
La muerte de doña Isabel ocurrió precisamente cuando se esperaba el nacimiento de un príncipe que heredara la Corona, pues se había declarado la incapacidad de D. Carlos, que falleció con todos los síntomas de la locura. La poesía ha desfigurado la personalidad de este personaje desequilibrado, presentándole como héroe de dramas y románticas leyendas.

Murió la reina doña Isabel cuando contaba veintidós años, y dejó al morir muchas y muy piadosas fundaciones, y su cuerpo fué sepultado en el convento de las Descalzas Reales, donde permaneció hasta el año 1573, en que sus restos fueron trasladados al Monasterio de El Escorial,

donde fueron definitivamente sepultados en el magnífico panteón de los reyes de España y reinas que tuvieron sucesión.



## DOS HOMBRECITOS



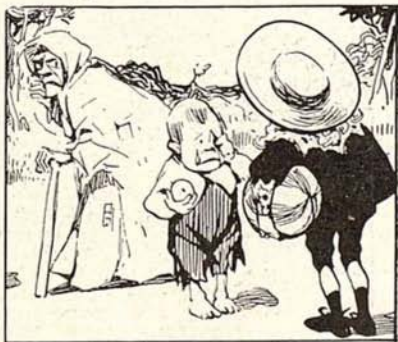
A Miguelito le regalaron una hermosa pelota el día de su santo



Muy contento jugaba con ella una tarde por el paseo...



Cuando vió un pobre chicuelo que lloraba á gritos, maltratado por una vieja.



Acercóse á él, y supo que todo era porque jugaba con una naranja en vez de pedir limosna.



Enternecido entonces, le regaló su pelota, con lo que el golfillo se puso como unas Pascuas...



Y Miguelito se fué con la alegría de haber hecho feliz á una criatura desgraciada.



Un día... jugando al escondite con sus amiguitos, se alejó más de lo prudente...



Viéndose de pronto arrebatado por un feroz gitano, que huyó con su presa...



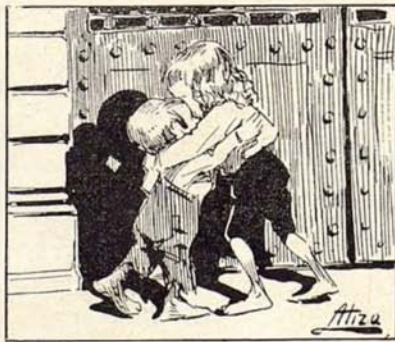
Le llevaron muy lejos y le despojaron de sus vestidos, y lleno de susto se tapó la cara.



Cuando más afligido estaba, oyó que alguien le decía:  
—No tengas miedo, nene; no te duermas.



Ya bien entrada la noche, él estaba alerta, y vió un rapaz que, llevándole de la mano, le sacó de allí...



A las puertas de su casa le despidió con un abrazo, y le dijo: «¿No te acuerdas de mí... y de la pelota...?»